

Temor y conquista de lo femenino en la adolescencia
en los dos sexos

Jacqueline Schaeffer

*“Existe una relación particularmente constante
entre femineidad y vida pulsional”*

Sigmund Freud¹

¹ Freud S. (1932), La féminité , *Nouvelles conférences d'introduction à la psychanalyse* , Paris, Gallimard, 1984.

La irrupción de lo corporal en la psicosexualidad a partir de la pubertad se manifiesta como una efracción* a la vez que como un proceso de *après-coup*. Por una parte, el cuerpo sexuado se despierta bajo el efecto de una revolución bio-hormonal, y se encuentra confrontado a lo que yo llamo un “efractor nutricional” pulsional², que a la vez que violenta al yo también debe enriquecerlo y hacerlo crecer si todo va bien.

Por otra parte, ese despertar del segundo tiempo de la sexualidad humana reactiva el conflicto edípico, las angustias incestuosas, y provoca perturbaciones narcisistas e identitarias. Pero este segundo tiempo puede permitir la reorganización por la vía del *après-coup* de todo lo que no ha podido ser suficientemente elaborado en los tiempos edípicos y, más allá de las inevitables perturbaciones, la crisis puede tener un efecto positivo en el sentido de una remodelación de las investiduras y de las identificaciones. Lo que produce una ruptura (hace efracción) en la adolescencia de ambos sexos es el surgimiento de lo femenino erótico a partir de la pubertad.

El interior femenino

El terror profundo, para los dos sexos, es la proximidad del sexo de la madre de la cual nacieron. La avidez de la pulsión, siempre insatisfecha, no puede más que aterrorizar si reenvía al sujeto a ser devorado, a ser engolfado en el cuerpo de la madre, objeto de terror y paraíso perdido de la fusión-confusión.

El varón, en principio, tiene los medios para desprenderse de la madre por el hecho de poseer un pene que la madre no tiene, porque puede negociar, por la vía de la angustia de castración, la simbolización de la parte por el todo, gracias a su identificación paterna.

El sexo (etimológicamente: *sexus rac. sectus*) es lo que está seccionado, cortado, separado. La posesión de un pene visible permite al muchacho despegarse, diferenciarse de la madre. Tiene el valor de límite, de diferencia que conduce hacia la representación del sexo y de la diferencia de los sexos: soporte de una simbolización.

Pero ¿qué pasa con lo femenino erótico? ¿Es posible una negociación?
¿Cómo simbolizar un interior que es un todo, y cómo separar el suyo del de su madre?

² Schaeffer, J. (1997, 4ª ed. 2003), *Le refus du féminin (La sphinge et son âme en peine)*, Coll. Epîtres, Paris, PUF. [*El rechazo de lo femenino (La esfinge y su alma en pena)*. N del T]

En las niñas, en las mujeres, lo pulsional permanece muy próximo a lo corporal, a la fuente. Es el vientre, el interior del cuerpo puede ser objeto de angustia o de amenazas de destrucción, como teoriza Melanie Klein. En todo caso, la destrucción se haría más por invasión e intrusión que por lo que pudiera ser arrancado o cortado.

Las representaciones anales de todo aquello que sale y puede ser perdido aunque también renovado (como los excrementos), así como las representaciones fálicas de castración y de envidia del pene, pueden ser tomadas en la cadena de las transposiciones³ y constituir entonces buenas defensas de simbolización para ambos sexos contra la *angustia de lo femenino*⁴, la angustia de lo que entra e invade.

El cambio de objeto realizado sobre un padre portador de pene y separador de la madre pregenital permite a la niña investir el pene del padre y el niño que él le dará, etc. Pero el bebé así obtenido del padre en la fantasía permanece en la línea fálico-anal como regalo, objeto de sustitución, y no se trata aún de lo que llamaré un *trabajo de femineidad*.

Queda el interior: todo lo que allí entra debe igualmente simbolizarse. Es un *trabajo de lo femenino* a realizar a lo largo de la vida de la mujer, paralelamente a la elaboración simbólica de las pérdidas de objetos parciales, efectuándose sobre lo que es visible (como para el hombre) y sobre el cuerpo del otro.

Si la sobreinvestidura narcisista de los chicos y de los hombres recae sobre el pene, en las niñas y las mujeres recae sobre el cuerpo entero, dependiendo del reaseguramiento de la mirada del otro. En base a ello diferencio la *femineidad*, referida a la superficie y a la seducción, de lo *femenino*, referido a lo interior.

Evadirse de la seducción y de la influencia de la imago materna

Sustraerse a la influencia de la imago materna: eso es lo que ha tratado de hacer el niño en la fase fálica. Esta fase, la de la sobreinvestidura narcisista del pene, es un pasaje obligado, tanto para la niña como para el varón, porque es uno de los medios de desprenderse de la imago pregenital y de la influencia materna.

³ Freud S. (1917), « Sur les transpositions des pulsions, plus particulièrement dans l'érotisme anal », *La vie sexuelle*, PUF, 1970. [« Sobre las transposiciones de las pulsiones, particularmente en el erotismo anal », *La vida sexual*. N del T]

⁴ Schaeffer, J. (1997), « Mal-être dans la sexualité », *Le mal-être (Angoisse et violence) Débats de Psychanalyse*, Paris, PUF. « Malestar en la sexualidad », *El malestar (Angustia y violencia) Debates de Psicoanálisis*. N del T]

El varón, destinado a una sexualidad de conquista, es decir, a la penetración, se organiza con frecuencia, bien instalado en su analidad y su angustia de castración, a través de la actividad y el dominio de la espera.

La niña, al contrario, está dedicada a la espera: espera primero un pene, luego sus senos; espera su regla, al principio la primera vez, luego todos los meses; espera la penetración, luego un niño, después el parto, luego el destete, etc. No termina nunca de esperar. Estas esperas están ligadas, por otra parte, a experiencias no controlables de pérdidas reales de partes de sí misma o de sus objetos (reglas y parto, por ejemplo), pérdidas que ella no puede transformar simbólicamente con facilidad, como el varón, en angustia por la pérdida de un órgano que jamás se ha perdido en la realidad. Todo esto se acompaña de revoluciones en su economía narcisística y necesita el anclaje en un sólido masoquismo primario, el cual, dice Freud, "ofrece al sujeto la posibilidad de vivirse a sí mismo directamente, sin mediación, ... guarda siempre como objeto el ser propio del individuo"⁵. Así, la coexcitación libidinal, que erotiza el dolor, es para la niña una necesidad permanente de reapropiación de su cuerpo, en el cual las sucesivas modificaciones sexuales femeninas están particularmente ligadas a lo femenino materno.

El fenómeno puberal

La pubertad genera un flujo excesivo de pulsión libidinal. El yo de la identidad y el yo de la defensa están en dificultades, a veces incluso en peligro. La excitación interna es constante. La angustia de castración ligada a las transformaciones corporales, la irrupción de la genitalidad, el sentimiento de incompletad narcisista, la confusión de las imagos, todo ello reactiva angustias de confusión con el cuerpo materno, y la posible realización de la relación sexual despierta la amenaza del fantasma incestuoso. Estas angustias invitan a la remodelación diferenciada de las imagos y necesitan un nuevo cambio de objeto.

El fantasma de seducción puede revestir un carácter persecutorio. El adolescente debe poner a distancia a sus padres, no soporta más los mimos y caricias que antes le encantaban, y el mundo exterior lo angustia. Eso puede llevarlo a conductas de desafío, contrafóbicas, o de repliegue, sin hablar de todas las conductas adictivas, psicopáticas y otras.

El conflicto edípico se enciende nuevamente y las angustias de lo femenino deben tender a desgajarse de las angustias pregenitales. El pasaje de estas

⁵ Freud S. (1924), « Le problème économique du masochisme », *Névrose, psychose et perversion*, Paris, PUF, 1973. [« El problema económico del masoquismo », *Neurosis, psicosis y perversión*. N del T]

angustias de intrusión pregenitales a las angustias de penetración genitales está a menudo marcado por fantasmas de violación.

El despertar de la pubertad surge mucho antes que se elabore la capacidad de asumir una relación sexual. Como lo sugiere Winnicott, la actividad sexual interviene a veces más como una manera de sacarse de encima la sexualidad que como un tratar de vivirla.

En el momento de investir la penetración sexual y la vagina erótica pueden reaparecer en el adolescente carencias de interiorización y amenazas de ruptura narcisista. La pubertad tiene entonces un efecto traumático y pone en cuestión los resultados del apuntalamiento y de la represión.

Las patologías predominantemente femeninas como la anorexia y la bulimia conciernen a las ansiedades de lo femenino: las de apertura y cierre del cuerpo, y dan testimonio del fracaso en su elaboración. La bulímica responde a ellas por el acto de llenar, la anoréxica por el de cerrar todas las salidas, los orificios. Quedar embarazada precozmente puede también ser un medio de llenar y de cerrar todos los pasajes.

La irrupción del sexo femenino

El gran descubrimiento de la pubertad es el de la vagina; Freud dijo que los dos sexos la ignoraban durante la infancia debido a la intensa investidura fálica, es decir, la investidura narcisista del pene, único sexo de la infancia. A esto lo llama *complejo de castración*. La vagina no es un órgano infantil -no es que las niñas ignoren que tienen un hueco, una abertura- porque la erogeneidad profunda de este órgano no puede ser realmente descubierta más que en la relación sexual de goce.

Si esta organización fálica es necesaria, apoyada en una teoría sexual infantil, la del sexo único, el pene fálico, al punto que Freud construye con ella una teoría falocéntrica del desarrollo psicosexual, y que Lacan hace de ella el significante central de la sexuación, del deseo y del goce, es porque constituye una defensa contra la efracción del descubrimiento de la diferencia de los sexos en la etapa edípica.

En revancha, luego de la pubertad, ya no es la percepción de la diferencia de los sexos y el enigma de la relación entre los padres lo que hace efracción, sino la entrada en escena del sexo femenino, de la vagina, que ahora no puede ser negada. Las chicas tratan de tener cosas en aumento: les crece no un pene pero sí los pechos. Y lo femenino aparece como lo externo efractor que "pone al trono y al altar en peligro", como dice Freud.

Esta irrupción de lo femenino a partir de la pubertad cambia la situación. El complejo de castración ya no es el mismo: no se trata solamente de la angustia de perder el pene, o de no tenerlo. ¿Es, para el varón, cómo utilizar ese pene en la sexualidad? ¿Es, en la chica, cómo vivir esas transformaciones corporales que no la reenvían solamente a la falta, puesto que hay senos que le crecen y que se aproximan peligrosamente a la escena primitiva y a la realización incestuosa? ¿Cómo, para la joven, separarse de la imagen materna, cuando el cuerpo llega a aproximarse y parecerse al cuerpo de la madre? Las jóvenes, que han sido tan mimosas y afectuosas, pueden entonces sentir disgusto por el cuerpo de su madre, rehusar todo contacto corporal y toda seducción. La fantasía de "Pegan a un niño"⁶, analizada por Freud, ha permitido revelar que el deseo femenino edípico por el padre, profundamente reprimido, no podía pasar más que por el masoquismo. ¿Cómo aproximarse al padre real de otra manera que haciéndose maltratar, provocándolo? ¿Cómo evitarlo?

El cuerpo sexuado del adolescente puede ser vivido como un enemigo, como algo extraño y anormal. Los conflictos identificatorios quedan comprometidos en ese proceso. La mirada del otro es solicitada como portadora de la búsqueda de identidad, y el reenvío de la imagen de sí es a la vez intensamente esperado y violentamente rechazado por el adolescente, que busca el reconocimiento y la identificación a la vez que tiene consigo mismo una exigencia de desidentificación.

Para los dos sexos, pues, ¿cómo elaborar los fantasmas que genera el descubrimiento de ese nuevo órgano que es la vagina? Para cada uno, hombre o mujer, el otro sexo es siempre el sexo femenino. El sexo masculino es para cada uno el mismo.

La angustia de castración va a desdoblarse en una angustia de penetración, para los dos sexos, pero en una asimetría que signa la diferencia de los sexos. La dupla fálico-castrado de la fase fálica deberá tratar de elaborarse en dirección a la construcción de una dupla masculino-femenino.

Una secuencia clínica como ejemplo

Se trata de una sesión de una joven de 14 años presentada por la psicoterapeuta que supervisa conmigo. Virginia vive en pareja pasional con una madre frágil, separada del padre cuando ella tenía 4 años, que ha hecho una tentativa de suicidio cuando V. tenía 8, y que ha tenido una serie de compañeros violentos que le pegaban. El padre, extranjero, partió al día siguiente del divorcio y

⁶ Freud S. (1919), "Un enfant est battu", *Névrose, psychose et perversion*, Paris, PUF, 1973. [Freud, S. (1919), « Pegan a un niño », *Neurosis, psicosis y perversion*, Paris, PUF, 1973. N del T]

vive en una isla del Pacífico con una mujer, sin hijos. Virginia se comunica con él a través de su computadora, encantada y agresiva a la vez con o contra eso que ella llama "relaciones de papel", cosa que ha osado decirle recientemente. No quiere dejar a su madre para ir a vivir un año con su padre, porque su madre no podría vivir sin ella.

Al principio de la sesión Virginia expresa su hostilidad hacia el padre, que acaba de enviarle perlas grises de las islas para su cumpleaños. Lo denigra: él tiene muchas perlas, ha trabajado con un joyero, eso no le cuesta nada. Se comprende que el padre tiene muchas mujeres a quienes ofrecerles las perlas, Virginia habla desde su despecho edípico. Pero en la transferencia se trata de seducir a la madre terapeuta mostrándole que el padre no es un objeto de deseo.

-V: "Me hace falta hablarte, no me animo. Se trata de mis pechos, son demasiado grandes, y el pezón también. La ginecóloga me dijo que hay una mujer sobre 100 como yo. (Señalamos al pasar el sadismo de la ginecóloga, que la ubica como anormal). Quiero ir a ver a un cirujano para una cirugía estética, para sacar algo de esto grande. Me veo venir la cosa con los chicos, no me animo a ponerme un traje de baño, y yo no permitiría que me tocaran los pechos."

-la psy: "¿Qué representan tus pechos desproporcionados?"

-V: "Algo femenino que no está terminado".

-Psy: "¿Por qué lo femenino no terminado está más en el gran pecho que hay que achicar más que en el pequeño pecho que hay que aumentar?"

-V: "prefiero ser chata antes que tener pechos desproporcionados".

-Psy: "chata como un varón, más que una mujer sin terminar?"

La intervención de la terapeuta cierra la elaboración en lugar de abrirla: no tener pechos no es ser un varón, porque un varón tiene, además, un pene. Lo que reenvía a Virginia a su envidia del pene.

El problema nuclear de esta angustia de castración femenina está en no acceder, a partir de la pubertad, a la superación de la defensa fálica de la imagen de la niña castrada por el hecho de tener algo en aumento, pechos que crecen, y el advenimiento de un sexo femenino. Esto último es revelado por el sangrado de las reglas, lo que puede ser vivido de manera muy diferente como castración o promoción a un grado superior, según el contexto de la identificación con la madre y la actitud del padre respecto de la femineidad.

-V: *"Me imagino la reacción de los varones si me levanto el corpiño. Los adolescentes son crueles."*

-Psy: *"Crueles?"*

-V: *"Se burlarían de mí. Los chicos de mi edad quieren estar seguros que su cosa anda y hablar de eso con los amigos."*

Se trata de una proyección de la angustia de castración sobre la de los varones, que pueden herirla en su narcisismo, y respecto de su necesidad de reasegurarse en la homosexualidad. Esto la aleja por un tiempo de su angustia.

-Psy: *"Piensas que todos los chicos son así?"*

La terapeuta acude a una imagen paterna que podría ser diferente.

-V, en una respuesta extrañamente agresiva: *"Ya te dije que no quería ser el calco de mi madre"* (madre real abandonada por el padre, madre golpeada por sus amantes, madre suicida, masoquista). *"No estoy segura de encontrar un chico. Porque ahora tengo la edad. Tengo el derecho de desear eso."*

Comentario: luego de la interpretación de la terapeuta, el surgimiento de la hostilidad contra la imago materna en la transferencia puede ser traducido así: "quiero alejarme de mi madre, de toda identificación y de su impronta sobre mi cuerpo y mi sexualidad. No te metas".

Dicho de otra manera, siempre en la transferencia: *"tú eres la madre que me malparió, porque no quieres que yo llegue a ser una mujer"*.

Rechazo de la seducción y del cuidado materno. Es una imagen paterna la que debe reasegurarla acerca de su condición femenina, la que debe decirle: "eres deseable aún con pechos desproporcionados". Es la mirada de los varones la que cuenta.

Retorno fantasmático hacia los reproches dirigidos a la madre que no le ha dado un pene, que la ha hecho nacer como hija castrada de un pene, y que ahora la castra de lo femenino a lo cual tiene derecho. Femenino prohibido por una imago pregenital de madre envidiosa, para mantener un vínculo amenazador, el de la dupla homosexual madre-hija. Pero también femenino prohibido por una imago de padre edípico que no soporta lo femenino de su hija y que la castra para que la rivalidad no pueda advenir, con esta hija a quien el padre ofrece perlas.

La seducción precoz materna

¿Cómo seduce la madre a su hijo?

Freud habla del despertar de las zonas erógenas por los cuidados maternos, "sobre el terreno de la realidad". Se puede, ciertamente, imputar esto a los cuidados maternos, a condición de que el placer sea compartido, a condición

de que la primera extracción de la pulsión sexual se produzca a partir y al encuentro del apuntalamiento sobre las necesidades de autoconservación. Es el pecho nutricio que hace lugar a un pecho erótico, procurándose y procurando al niño una satisfacción que, según Freud, es el prototipo de la satisfacción orgásmica amorosa.

Jean Laplanche tiene en cuenta, en lo que él llama la "seducción original generalizada"⁷, al inconsciente de la madre, en el sentido de que ella propone al niño significantes enigmáticos, verbales y no verbales, impregnados de significaciones sexuales inconscientes. El enigma para el niño, según él, podría formularse así: "¿qué quiere de mí ese pecho que se excita cuando me amamanta?" Pero el bebé al pecho seduce igualmente a la madre. El mensaje enigmático que viene del niño podría formularse así, según Laurence Kahn: "¿qué quiere de mí este bebé sin límites y sin vergüenza, caníbal, homosexual e incestuoso?" Justamente, se trata del retorno sobre la madre de aquello que fue en el origen, en el comienzo, una emergencia de su propia actividad inconsciente respecto del bebé.

La seducción materna no excita solamente las zonas erógenas. Excita igualmente en el niño sus capacidades de reacción respecto a la sorpresa. Por ejemplo, los juegos de "cucu, aquí está", y los juegos de una madre que prodiga a su bebé cosquillas, caricias, los repite, y frecuentemente los produce allí donde el bebé no los espera- Si ella reasegura entonces al niño apretándolo contra ella y riendo, éste puede entonces reír con ella. Esta seducción tiene el valor de iniciación, domestica al niño respecto de la irrupción brutal de lo nuevo, de lo extraño, de lo inesperado, de lo desestabilizante, allí donde reside la posibilidad de lo traumático. Se trata de contener el acrecentamiento de la excitación en un espacio de juego, lo que va a permitir al niño hacer el trayecto de la transformación de la excitación en pulsión, hasta crear su propio juego, el del carretel. La madre es a la vez excitante y para-excitante.

La seducción precoz materna es pues un aprendizaje de la pulsión y del objeto. Es una experiencia iniciática. La seducción efractora, proveniente del padre, se ejercerá por resignificación de aquella primera seducción. La seducción precoz se inscribe en un movimiento organizado de la psiquis y de la sexualidad infantil, mientras que la seducción tardía revelaría el éxito o el fracaso de esta organización. Se puede decir, a partir de esto, que la seducción subyace a toda relación, pero tanto más cuanto que hay dependencia.

⁷ Laplanche J. (1987), *Nouveaux fondements pour la psychanalyse*, Paris, PUF. [Laplanche J. (1987), *Nuevos fundamentos del psicoanálisis*, Paris, PUF. N del T].

En la seducción mutua entre el niño y su madre hay un intercambio de miradas donde se lee la promesa de ser Aquello que colma el deseo del otro. La imposibilidad de este deseo hace que la promesa inherente a toda seducción no pueda ser mantenida: ella conduce fatalmente a la decepción, a la desilusión. Si la emergencia de la sexualidad inflige a todo ser humano una herida narcisística, la esperanza infinita de reparación que suscita la seducción está destinada a una inevitable decepción.

La seducción efractora, del lado paterno

La seducción paterna es estructurante en un segundo tiempo, en el sentido de permitir la desilusión de la omnipotencia y el advenimiento de la angustia de castración, organizadora del complejo de Edipo.

Para el varón, así como para la mujer, interviene la necesidad de un cambio de objeto. La prueba efractora y nutricia por la que ambos pasan es la de la diferencia de los sexos, y puede ser traumática. Freud habla de ella como del más fuerte traumatismo, que pone "al trono y al altar en peligro" y que moviliza en los niños de los dos sexos una intensa energía de investidura y contrainvestidura. El complejo de Edipo, por la vía de la angustia de castración, va a precipitar la constitución de la fase fálica, pasaje obligado para los dos sexos, según hemos dicho antes, porque es uno de los primeros medios de que dispone el niño para arrancarse a la captación de la imago materna y volverse hacia el padre. El varón encuentra allí el abrigo de la identificación paterna, la niña se vuelve hacia su padre y entra en el Edipo "como en un puerto".

Sabemos que todo esto no es tan simple, que el complejo de Edipo está lejos de volar en pedazos para el varón, y que la niña está lejos de encontrarse al abrigo de las tormentas en el puerto. En el varón, la angustia de castración, aún si ha sido canalizada por la puesta en latencia, subsiste bajo el suelo y resurge con violencia luego de la pubertad. En la niña, la fantasía "pegan a un niño" da testimonio de la violencia de la figura del padre en el Edipo femenino, y del llamado a una seducción penetrante: la fantasía de "ser golpeada" por el padre significa regresivamente y de manera inconsciente el deseo de "ser penetrada sexualmente" por el padre. Es una fantasía de seducción efractora que da testimonio de la naturaleza masoquista del deseo erótico femenino, que resurgirá violentamente en la adolescencia, con todas las defensas del yo, y podrá llevar, luego del encuentro con un "amante de goce"⁸, al éxtasis femenino.

⁸ Schaeffer J. *Le refus du féminin (La sphinge et son âme)*, op. cit.

La seducción paterna actúa pues en un *après-coup* que reorganiza la seducción precoz. Posee la doble característica de ser efractora, en el sentido de la ruptura, a veces traumática, pero también nutricia, en el sentido de la reestructuración. La seducción es, pues, iniciática.

La autoseducción después de la adolescencia

Querría proponer la idea de que, después de la pubertad, en el momento de reactivación del conflicto edípico, hay necesidad de una reorganización bajo la forma de una ruptura con las investiduras sexuales y las identificaciones precedentes, y de una difícil operación de apropiación del cuerpo y de la sexualidad por un pasaje de *autoseducción* pulsional.

La autoseducción es en primer lugar la seducción del ataque interno de la libido, ese extraño cuerpo interno que es el primer efractor nutricional para el yo.

Pero devenir un objeto erótico para sí mismo es también construirse o cuidar y contener un narcisismo secundario que pasa por el retiro, el desprendimiento de la libido puesta en los objetos, para retornar al yo. La autoseducción queda imbuida de la necesidad de romper con los vínculos de seducción emanados de los objetos, por un movimiento de retorno sobre sí misma⁹. Se sitúa entre la seducción materna precoz y la seducción paterna, en un cambio de objeto.

Este cambio de objeto puede tomar la forma, bien conocida en este período, de una autoseducción a través de una persona, considerada, independientemente de su sexo, como un doble que establece un puente entre una seducción interna, la de la pulsión, y una seducción externa, la de un inquietante extranjero. Se trata de una suerte de *objeto-persona transicional*, que puede ser totalmente abandonado a continuación, una vez que su función de doble haya producido su efecto de pasaje. La relación es homosexual más que homocélica, porque está destinada a evitar la confrontación con la diferencia de los sexos, demasiado angustiante.

En la pubertad, el seductor no está sólo en el exterior, y puede entonces tener un valor traumático de seducción del niño por el adulto, y evadirse a través de numerosas operaciones defensivas, sino sobre todo en el interior, en el despertar y la exacerbación del empuje pulsional, en lo genital que surge del cuerpo, en lo que surge del mundo interno: los deseos y sensaciones.

El problema del adolescente va a ser el encuentro entre el seductor interno y el seductor externo, y el pasaje intermedio por un movimiento de retorno.

⁹ Cf. Freud S. (1915), "Pulsions et destins des pulsions", *Métopsiologie*, Paris, Gallimard, 1968. [Cf. Freud S. (1915), « Pulsiones y destinos de las pulsiones », *Metapsicología*, Paris, Gallimard, 1968. N del T]

Es importante que la fantasía de seducción pueda elaborarse en un espacio transicional, que llamaría de auto-seducción debido a la reapropiación del cuerpo y la sexualidad del adolescente, ante la nueva efracción de la seducción de y por la sexualidad del otro.

Surgido de los trabajos de Freud con las histéricas, el concepto de seducción está fundamentalmente ligado al de traumatismo, pero, a partir del abandono por Freud de su neurótica, de la escena real de seducción traumática, el efecto de seducción se ha generalizado, abarcando toda forma de aumento de excitación, tanto si está ligado a una fantasía que produce excitación interna, como si está provocado por una excitación externa que reactiva el escenario inconsciente. Este aumento de excitación puede amenazar la continuidad de la envoltura narcisista.

El acrecentamiento de la excitación puede ser provocado por cualquier otro medio que sacuda la libido. Por eso todo traumatismo puede describirse como seductor, ya que, según Freud, todo tembladeral del cuerpo o de la psiquis libera un flujo libidinal. Es así como él define la coexcitación libidinal. "Nada importante sucederá en el organismo sin que su componente contribuya a la excitación de la pulsión sexual"¹⁰. El adolescente puede en ese caso autoseducirse por la búsqueda constante de efracciones traumáticas que conforten su sentimiento de existencia: droga, adicciones, conductas de automutilación, conductas de riesgo autocalmantes, etc.

Los ritos de pasaje, "ritos privados" autosacrificiales, donde el adolescente pone su cuerpo en juego, sacrifica sobre su cuerpo o de su cuerpo, como en la automutilación o en la anorexia, están destinados a mantener la representación absoluta y excitante de una autofundación, de una autogeneración.

La autoseducción es una operación, una maniobra anti-traumática, destinada a contornear el traumatismo inevitable de la sexualidad adulta, que ha devenido inevitable y que, en la angustia de la confrontación con la sexualidad de los padres, de la escena originaria y de las fantasías de realización edípica, debe encontrar una fuente intermediaria.

Entre la seducción materna, tanto tiempo activa, y el cambio de objeto hacia el encuentro sexual, el adolescente debe poder arrancar su cuerpo y su sexualidad a la impronta y a la captación materna para apropiárselos antes de poder ofrecerlos y abandonarlos a otro "efractor nutricio" de la seducción adulta, heredero de la seducción paterna.

¹⁰ Freud S. (1924), "Le problème économique du masochisme", op. cit. [Freud, S. (1924), « El problema económico del masoquismo », op. cit.. N del T].

La función de doble

La investidura de la curiosidad es una investidura sexual. El analista de quien se supone que no piensa más que en lo sexual, puede ocupar de entrada la posición del perverso.

Su curiosidad excitante encuentra como blanco la curiosidad del adolescente y la solicita. La fantasía de seducción está en primer plano.

Sesión de Benjamín, 15 años, adolescente inteligente y encantador, muy fóbico, lleno de angustias corporales, que se siente un chico, huye de los grupos de jóvenes y es extraño a todas las picardías de sus camaradas. Se pregunta cómo es la diferencia entre la amistad y el amor para una chica. Con un amigo que es un doble de sí mismo comparte los amigos y las chicas a quienes apenas si logra aproximarse. Me cuenta que trata de seducir a las chicas mostrándoles una foto de él a los 4 años con su padre, y contándoles un accidente que le costó la vida a su padre. De esta manera consigue causarles compasión, algo que le da un poco de vergüenza, y ser su confidente.

Luego me cuenta que, cuando tenía 12 años, miraba sitios porno muy pesados, con aspectos de paidofilia y bestialismo, y que eso había devenido una droga para él.

La autoseducción, en este adolescente traumatizado por el "ver", pasa por el "hacerse ver" por otro y "darse a ver" a sí mismo. Da a ver a las chicas el mundo de su infancia, como espacio transicional para domesticar su deseo de seducirlas. Pero cuando me habla del sitio porno me da a ver la seducción traumática de un niño por adultos perversos y la excitación que eso le ha causado. Me la hace sufrir como una excitación negativa, suscitando en mí sentimientos de disgusto y rechazo.

Al mismo tiempo, el hecho de que yo haya podido compartir con él estos afectos sin condenarlos ni gozarlo, me ha constituido en su doble, permitiéndole desprenderse de estas visiones focalizadas de escenas primitivas, desintoxicándose de ellas.

Entonces, él intenta reapropiarse del efecto efractivo de la sexualidad diciéndome: "*¿por qué Jules, un chico que no es demasiado macho ni lindo, que les pregunta a las chicas cómo chupan, es el que tiene más éxito con ellas? Puede ser que yo sea demasiado romántico, tengo que aprender, esforzarme*".

Más tarde me dirá en el curso de una sesión: "*desde que vengo acá tengo la impresión de entrar en mi adolescencia*".

Beatriz, 17 años, trae su diario íntimo, que evidentemente no leo, pero la invito a hablarme de él, o a leerme pasajes si quiere. Eso hace, instalándonos en una situación de mutua seducción.

Pienso que estos dos adolescentes se han autoseducido a través de la relación transferencial y de la aceptación de su sexualidad por el analista, quien no pasa al acto seductor o superyoico ni se deja conturbar o inquietar. La autoseducción pasa por el "hacerse ver" a través del "hacer ver al otro", y por el retorno de la seducción desde el otro hacia sí mismo.

El terapeuta aseguraría una función de doble-objeto-transicional, maleable, descartable, ni objeto interno ni objeto externo, permitiendo el pasaje desde el abandono de las investiduras e identificaciones ligadas a los objetos primarios hasta la investidura del encuentro sexual. Este pasaje por un espacio de auto-seducción permite la reapropiación pulsional y la subjetivación.

Hacia una nueva seducción: la promesa iniciática de la relación sexual

De traumática y fuente de angustia, la seducción deviene estructurante para el psiquismo y el desarrollo de la psicosexualidad, y puede ser considerada como el prototipo de todos los vínculos humanos y de la vida social.

Pero ¿cómo ir hacia la sexualidad adulta?

Kierkegaard, en *Diario de un seductor*, revela cómo la seducción de una persona, porque está un paso más adelante que otra, permite a ésta recorrer un trayecto que ignoraba al partir, y descubrir al final que era el trayecto de su revelación a sí misma. Se trata pues de una experiencia de introyección pulsional y de subjetivación. A condición, tal vez, que el seductor no sea perverso.

El espacio de autoseducción puede preludiar la aceptación de una seducción vivida como iniciación a la vida deseante, en tanto que promesa iniciática, la de un amante del goce.

El último "efractor nutricional", el del encuentro sexual, si puede ser trabajado a nivel de las representaciones, no puede encontrar su realización más que fuera de la cura, sobre el "suelo de la realidad" de la relación sexual. Es propio de la relación terapéutica ofrecer las condiciones para la apertura del yo a la libido y a lo extranjero, exaltar la diferencia de los sexos, iniciar el camino de la genitalización

y, puede esperarse, el de la aceptación de lo femenino y de lo masculino para los dos sexos. De ahí el atravesamiento de la "roca del rechazo de lo femenino"¹¹.

La relación amorosa adolescente

Comienza muy a menudo con un deseo de fusión con otro del cual será generalmente difícil deshacerse sin demasiado daño. Se trata de reencontrar el cuerpo a cuerpo con la madre, de sensualidad fusional, pero el objeto de amor no es materno, se trata del cuerpo de otro, un extraño.

Las marcas arcaicas del goce del cuerpo a cuerpo con la madre han debido ser transformadas por el pasaje a la lógica fálica edípica; si no, el deseo de fusión, de hacerse uno con el otro, puede devenir engolfamiento mortal en el otro, siempre arcaicamente devorador.

La adolescencia es un pasaje, una operación de separación.

La experiencia erótica puede revelarse a veces como muy decepcionante. Promesa, también engañadora, de la famosa frase: "Ya verás un día, cuando seas grande!" ...¿Entonces no era más que eso?

Se trata de salir del espacio conocido, de ir hacia lo extranjero, hacia lo desconocido tan extraño como inquietante, pero tan atrayente.

La joven espera del muchacho que la ame con amor, él busca en su acompañante femenina el placer sexual y fálico. Angustia de castración obliga! Ella dará tal vez su cuerpo para recibir amor. El dará amor a cambio de esta conquista. Los dos podrán a veces ver demasiado tarde los límites de este intercambio.

Flirtear es una actividad típicamente adolescente. Pero la gran cuestión de la adolescencia es la existencia del segundo sexo, el sexo femenino. La apuesta del flirt con el otro sexo es lo femenino que el sujeto debe domesticar en sí mismo antes de todo encuentro.

El encuentro amoroso

El escenario de la fantasía tiene una función de puesta en escena de las representaciones. Se puede decir que el encuentro amoroso se da en dos escenarios fantasmáticos posibles: el de la autosugestión de cada uno, o el de la sugestión del uno por el otro, siempre en relación con los prototipos infantiles. El

¹¹ Freud S. (1937), "L'analyse avec fin et l'analyse sans fin", *Résultats, idées, problèmes*, II, Paris, PUF, 1985. [Freud S. (1937), « Análisis terminable e interminable », *Resultados, ideas, problemas*, II, Paris, PUF, 1985. N del T]

amor, como lo ha notado Freud, vuelve al enamorado muy receptivo a la sugestión. De ahí el flechazo! El amor es "encontrar a alguien que os da novedades de vos", dice el poeta.

La puesta en escena fantasmática es un modo de ligazón de la libido que participa en la emergencia del deseo y en el goce sexual. La comunicación de los escenarios fantasmáticos, antes del amor, pertenece al resorte de la seducción. Durante el acto amoroso esta comunicación es más difícil porque se trata de develar, de hacer compartir o de imponer eróticamente fantasías a veces incestuosas, a veces masoquistas, que contribuyen al goce. Se trata de un juego erótico. Lo que es perverso es la impronta, la manipulación que se ejerce física o psicológicamente sobre un ser.

No se trata más que del componente perverso polimorfo, normal y deseable, de toda psicosexualidad humana.

El doble cambio de objeto

Si, como dice Simone de Beauvoir, "no se nace mujer, se deviene", diré que lo femenino, como lo masculino, a nivel genital, no son algo adquirido luego de la pubertad, como dice Freud, con la realización de los primeros encuentros sexuales. En efecto, no son ni las transformaciones corporales ni la excitación sexual vividas en el momento de la pubertad las que elaboran la diferencia de sexos masculino-femenino, a nivel del aparato psíquico. Habrá que esperar, como esperará la mujer, el encuentro de un "amante de goce" para que tenga lugar una verdadera experiencia de diferenciación sexual en la sexualidad.

Se trata de una co-creación, la de una dupla masculino-femenino. El mantenimiento de esta relación es objeto de una conquista permanente, ligada al constante empuje libidinal.

El dominio del hombre, incontestable en la organización de todas las sociedades, reenvían desde el punto de vista psicoanalítico, a la necesaria función fálica paterna, simbólica, que instaura la ley, que permite al padre separar al niño de su madre y de hacerlo entrar al mundo social.

En la relación erótica, diré que el amante de goce está también en *posición de tercero separador para arrancar a la mujer de su relación arcaica con su madre*. Si la madre no le ha dado un pene a la hija, tampoco es ella la que le dará una vagina.

La relación genital, cuando el goce sexual es arrancado a la mujer por el amante, permite llegar al grado más evolucionado del cambio de objeto, separando a la mujer de su relación autoerótica y de su madre arcaica y realizando, gracias a

un nuevo objeto, las promesas del padre edípico. Se trata pues de un *doble cambio de objeto*, el de la madre pregenital al padre edípico, es decir a la madre genital, y el del padre edípico al amante de goce.

El cambio de objeto es un cambio de sumisión: la sumisión anal a la madre, a la cual la hija ha tratado de escapar por la envidia del pene, deviene entonces sumisión libidinal al amante. Desde la noche de los tiempos, los hombres deben arrancar a las jóvenes a la noche de las mujeres, a las "reinas de la noche".

RESUMEN

El surgimiento de lo femenino erótico luego de la pubertad impacta con violencia (efracción) en la adolescencia, tanto para la niña como para el varón. La posibilidad de realización de un acto sexual, hasta entonces contenido por la fantasía originaria de la escena primitiva y por el superyó del conflicto edípico, provoca angustias fuertemente ligadas a fantasías incestuosas y a perturbaciones de orden narcisista e identitario.

El adolescente, mujer o varón, debe arrancarse a la seducción y a la impronta materna que tiende a la indiferenciación, para orientarse hacia la seducción y la identificación paterna, en un nuevo trabajo de acceso a la diferenciación de los sexos masculino-femenino, que puede ser llamada "trabajo de lo femenino", y que lleva al encuentro erótico y amoroso.

La seducción paterna actúa pues en un *après-coup*, que reorganiza la seducción materna precoz. Posee las características de ser efractora, en el sentido

de ruptura, a veces traumática, pero también nutricia en el sentido de la reestructuración. Es entonces iniciática y preludia el cambio de objeto. Entre las seducciones puede producirse una difícil operación de apropiación del cuerpo y de la sexualidad por un pasaje de autoseducción pulsional. La función de doble del terapeuta permite la elaboración de todo ello.

Traducción: Cristina Bisson

Palabras clave:

Seducción - efractor nutricio - autoseducción - función de doble - seducción iniciática